



LA INFLUENCIA DE LA IDEOLOGÍA NEOCONSERVADORA EN LA GESTACIÓN Y CONDUCCIÓN DE LA GUERRA DE IRAK

Manuel R. Torres¹

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

Resumen:

Entender la lógica de un conflicto bélico exige que nos adentremos en cual es la ideología que informa alguna de sus decisiones fundamentales. En este artículo se parte de que la invasión norteamericana de Irak, en 2003, estuvo fuertemente influenciada por algunos de los postulados teóricos del pensamiento neoconservador. A lo largo de este trabajo, se analizan algunos de los principales episodios de este conflicto (la percepción de la amenaza, el planeamiento militar, las previsiones políticas, etc.) interpretándolos como un intento de sus responsables por alcanzar la coherencia con las preconcepciones e ideas básicas de esta ideología.

Palabras clave: guerra, ideología; neoconservadurismo; Irak; Estados Unidos; estrategia; política; armas de destrucción masiva.

Title in English: *“The Influence of the Neoconservative Ideology in the Preparation and Conduction of the Iraq War”*

Abstract:

Understanding the logic of a war requires us to explore the ideology on which some of its fundamental decisions are based. This article starts from the assumption that the U.S. invasion of Iraq in 2003 was strongly influenced by some of the theoretical tenets of the neoconservative thinking. In this study, some of this conflict's main episodes – threat perception, military planning, political previsions, etc. – are analyzed, interpreting them as an attempt of the decision makers to achieve coherence with the basic preconceptions and ideas of that ideology.

Keywords: *war; ideology; neoconservatism; Iraq; United States; strategy; politics; weapons of mass destruction.*

Copyright © UNISCI, 2007.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

¹ Manuel R. Torres Soriano es Profesor de Ciencia Política en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. *Dirección:* Departamento de Derecho Público, Universidad Pablo de Olavide, Edificio nº 6 - Manuel José de Ayala, Ctra. de Utrera, km. 1, 41013 Sevilla, España. *E-mail:* mrtorsor@upo.es.



Introducción

Hablar de la guerra es hacer referencia a un complejo y opaco proceso de toma de decisiones. Ha sido habitual tratar de analizar estos acontecimientos a través del estudio del perfil psicológico de las élites, los objetivos políticos de la guerra, la estrategia militar, el papel de la opinión pública, las disponibilidades materiales y económicas, e incluso la forma en que determinadas experiencias históricas pueden llegar a condicionar el desarrollo de la guerra. Menos frecuente, ha sido tratar de acercarse a este proceso, a través del análisis de la visión ideológica que subyace en las decisiones de sus principales protagonistas. Dicha perspectiva parece abandonarse, en la medida en que para muchos analistas, no volverá a producirse un tipo de enfrentamiento (como los de la II Guerra Mundial y la Guerra Fría) donde el elemento ideológico ocupe un papel central.

Sin embargo, toda intervención armada está condicionada por un conjunto de ideas que aportan un marco explicativo sobre la propia identidad del individuo y la realidad que le rodea. A pesar de que en los últimos tiempos ha sido frecuente equiparar ideología con una comprensión deliberadamente distorsionada de la realidad, lo cierto es que este tipo de interpretaciones siguen gozando de una enorme vigencia en los más diferentes ámbitos. De hecho, las ideologías aportan un cierto confort psicológico al individuo, ya que eliminan gran parte de la incertidumbre que supone vivir en un mundo complejo, facilitan su proceso cognitivo y le aportan una explicación asumible de la realidad, y de cuales deben ser sus pautas de actuación.

En este artículo, mantenemos la tesis de que dichos elementos ideológicos han jugado un papel esencial a la hora de explicar algunos conflictos bélicos contemporáneos; los cuales sólo tienen lógica si ponemos en relación sus principales decisiones con la búsqueda de una coherencia de carácter ideológico. Para desarrollar esta hipótesis, tomaremos como estudio de caso la gestación y desarrollo de la invasión norteamericana de Irak en 2003. Dicha acción bélica resulta paradigmática por la influencia que en ella tuvo una corriente de pensamiento comúnmente conocida como neoconservadurismo; ideología a la cual se hayan adscritos algunos de los decisores clave de este conflicto.

En los próximos epígrafes, trataremos de ejemplificar como algunos de los principales episodios de esta guerra han sido el resultado de decisiones adoptadas al amparo de un determinado esquema ideológico, sin el cual, difícilmente podemos entender la intencionalidad de algunas políticas estadounidenses.

1. Rasgos básicos del pensamiento neoconservador

De manera generalizada se ha contemplado a los *neocon*, no sólo como la facción más influyente del Partido Republicano, sino también como la más genuina esencia de la derecha política estadounidense. Sin embargo, dicha percepción dista mucho de ser totalmente cierta. Algunos de los más destacados representantes de esta tendencia, provienen de las filas de la izquierda estadounidense, de la cual heredan un marcado idealismo acerca de cuáles deben ser los fines de la actuación política americana. Se trata del mismo idealismo que, en un determinado momento, les lleva a abandonar las filas del Partido Demócrata, al considerar que este ignora dos realidades fundamentales:



- a) Ha despreciado históricamente la magnitud de determinadas amenazas que ponen en peligro la subsistencia de la libertad y la democracia en el mundo.
- b) No es consciente de la enorme capacidad transformadora, y de la legitimidad que tienen los Estados Unidos para usar sin restricciones su fabuloso caudal de poder económico y militar².

La corriente neoconservadora ha cobrado notoriedad a partir de sus planteamientos en política exterior, sin embargo resulta paradójico que sus ideólogos reconozcan que el neoconservadurismo no tiene unas propuestas diferenciadas acerca de lo que debe ser la política exterior de los Estados Unidos:

(...) no hay un conjunto de creencias neoconservadoras acerca de la política exterior, sólo un conjunto de actitudes derivadas de la experiencia histórica. (...) Estas experiencias pueden ser resumidas en las siguientes tesis (como diría un marxista): Primera, el patriotismo es un sentimiento natural y saludable que debe ser promovido por las instituciones públicas y privadas. (...) Segunda, el gobierno mundial es una idea terrible ya que puede llevar a la tiranía mundial. (...) Tercera, los hombres de estado deben, ante todo, tener la habilidad para distinguir a los amigos de los enemigos. Esto no es tan sencillo como suena, como demuestra la historia de la Guerra Fría.³

En esta visión política subyace un profundo pesimismo sobre el mundo que les rodea. Irving Kristol, considerado el verdadero fundador de esta corriente, no duda en calificar a sus miembros como “progresistas atracados por la realidad”⁴. Según ellos, nuestra circunstancia más inmediata está marcada por el auge de determinadas amenazas que ponen en riesgo algunos de los principales logros de la civilización occidental. Sucesos como los atentados del 11 de septiembre de 2001, no hacen sino poner en evidencia el fracaso de las políticas reactivas. “El mundo puede tornarse peligroso a una velocidad sorprendente⁵”, lo cual hace necesario contemplar el presente como una efímera oportunidad para anticiparse, antes de que sea demasiado tarde.

En el neoconservadurismo existe una defensa a ultranza del unilateralismo político. Si bien, la acción concertada con los aliados, y la obtención de un amplio apoyo de la opinión pública internacional, es un objetivo deseable, la magnitud de las nuevas amenazas, hace que su importancia quede devaluada, sobre todo si para alcanzarlos es necesario renunciar a una rápida reacción que evite que estos riesgos alcancen un “punto de no retorno”. Una escena internacional plagada de regímenes liberticidas y grupos terroristas dotados de armamento no convencional, hace superflua y peligrosa la pesada maquinaria del derecho internacional, y de las burocratizadas organizaciones multilaterales.

Los *neocon* detectan que las principales divergencias con sus socios tradicionales, no sólo han tenido como origen los medios a través de los cuales han de hacer frente a estas amenazas, sino incluso la percepción de qué es lo que constituye un peligro y qué no. Para los miembros de esta corriente la debilidad militar de determinados países, puede conducirles a

² El profesor Eliot Cohen, uno de los más destacados académicos neoconservadores, lo reconoce así: “Prácticamente en toda esfera de la máquina de guerra domina Estados Unidos, lo que constituye un fenómeno sin precedentes en la historia militar. (...) Planteado así, el poderío militar estadounidense parece invitarnos a la arrogancia”. Véase: Cohen, Eliot A: “La historia y la hiperpotencia”, *Foreign Affairs en Español*, vol. 4, nº 4, (octubre-diciembre 2004)

³ Kristol, Irving: “The Neoconservative Persuasion”, *The Weekly Standard*, Vol. 8, Nº 47 (August 25, 2003).

⁴ Kristol, Irving. (1999): *Neo-conservatism: The Autobiography of an Idea*, Chicago, Ivan R. Dee Publisher.

⁵ Kristol, William & Kagan, Robert. (2005): *Peligros Presentes*, Córdoba, Almuzara, p. 50.



la propia negación de la realidad. Se trata de una “patología” que afecta especialmente a los países europeos, y que puede constituir un grave contratiempo para los Estados Unidos. Especialmente, si su país se ve enfrascado en interminables conversaciones y acuerdos diplomáticos para lograr un apoyo que nunca tendrá lugar.

Son las potencialidades propias de cada país lo que determina realmente las premisas teóricas que despliega cada nación en el plano internacional. De ahí que los neoconservadores creen que la fuerza militar norteamericana ha creado una cierta propensión a utilizar dicha fuerza, mientras que la debilidad europea se ha traducido en una aversión a utilizar el poder militar. El “viejo continente” está profundamente interesado en habitar en un mundo regido por el derecho internacional, donde el “poder duro” es irrelevante, ya que estos países no tiene capacidad para actuar en otro tipo de escenario. Por lo tanto, la oposición europea (y la de otros muchos países) al unilateralismo, no proviene tanto de una convicción ideológica, sino del hecho de que esos países, aunque lo desearan, nunca podrían llevar a cabo una política de este tipo⁶.

Sin embargo, la visión neoconservadora no se agota en una defensa desacomplejada de la necesidad norteamericana de caminar en solitario. Esta corriente también ha sido catalogada de “realismo ideológico”, ya que al realismo que tradicionalmente ha prevalecido en la política exterior estadounidense, se han incorporado una serie de conceptos que dan primacía a los valores y la moralidad inherente de la política americana, y a la necesidad de extender los mismos al resto del mundo:

El pueblo Americano ve a su nación como algo excepcional, con una misión específica en el mundo. Esta misión tiene un inseparable componente moral: nuestra política exterior debe hacer del mundo un lugar mejor para la humanidad que lo habita. Hay consenso en esto. Pero no hay consenso en como lograrlo.⁷

Dichos conceptos tienen su origen en la propia naturaleza humana, y por tanto, pueden encontrar acomodo en cualquier región del planeta, independientemente de las tradiciones y las especificidades culturales de cada país. Dichos valores, basados en la libertad individual, la democracia, la igualdad y la justicia, son objetivamente superiores a los de muchos otros “modelos alternativos” a la hegemonía estadounidense. Esta superioridad moral, lleva a los *neocon* a atribuir los contradictorios sentimientos de dependencia y hostilidad hacia su país, a una cualidad innata de la naturaleza humana: el resentimiento hacia el poderoso. Aunque esta corriente asume que en ocasiones su país ha sido torpe en el ejercicio de su poder, muchas de las críticas que recibe son totalmente injustas, puesto que dicha hegemonía (incluso cuando es aplicada de forma desigual) “hace más por atraer que por repeler a otros pueblos y naciones”⁸. De hecho, consideran que ningún otro país hubiese sido capaz de desempeñar ese liderazgo mundial obteniendo un mayor grado de aceptación, ya una de las características más acusadas de la política exterior norteamericana, ha sido la identificación de los intereses ajenos con los propios. Esta convicción ha pasado a ser una “segunda naturaleza” de la política estadounidense, desde el momento en que, finalizada la Segunda Guerra Mundial, asume como principio orientador que la prosperidad americana no puede tener lugar en ausencia de una prosperidad global.

⁶ Véase: Kagan, Robert. (2003): *Poder y Debilidad*, Madrid, Taurus.

⁷ Kristol, Irving: “A Post-Wilsonian Foreign Policy”, *AEI Online*, (August 2, 1996), en: http://www.aei.org/publications/pubID.17311.filter.all/pub_detail.asp

⁸ Kagan, Robert: “The benevolent empire”, *Foreign Policy*, Nº 111, (Summer 1998), pp. 24-35.



El papel de los Estados Unidos no debe ceñirse únicamente a mantener y moldear un ficticio y peligroso equilibrio de poderes. La permanencia de despóticos políticos, que promueven la proliferación armamentística y el fanatismo, resulta incompatible con el mantenimiento de la seguridad norteamericana. Los neoconservadores consideran que el deseo de apaciguar e integrar en el sistema internacional a regímenes no democráticos, constituye un peligroso autoengaño, ya que aquellos sistemas que no respetan la vida y los derechos de sus propios ciudadanos, difícilmente podrán respetar los derechos de sus vecinos⁹. Muchas de las dictaduras aparentemente “amigas”, se convierten inevitablemente en amenazas en el largo plazo. Se trata de regímenes que, a pesar de su discurso oficial, han encontrado una “válvula de escape” para su descontento doméstico, en el fomento del odio hacia los Estados Unidos de América, país al que han responsabilizado de todos sus males. La nacionalidad saudí de la mayoría de los terroristas del 11-S, es una buena prueba de cómo la seguridad estadounidense “penderá de un hilo”, mientras sigan existiendo regímenes que basan su equilibrio social en la búsqueda de un enemigo exterior, que consigan cohesionar a la comunidad, y eviten que esta reflexione sobre las verdaderas causas de su pobreza y falta de libertad.

Esta ideología no sólo propone una “purificación” de las tradicionales alianzas de su país, sino también el inicio de un movimiento de transformación política a lo largo y ancho del mundo. Sus miembros están firmemente convencidos de que promover la paz y la seguridad en el mundo está fundamentalmente conectado con la promoción de la libertad, ya que las democracias no declaran la guerra a otras democracias. Cualquier gobernante cuya continuidad dependa del refrendo popular no se embarcará en causas tan impopulares como las de una agresión militar. En cambio, las dictaduras necesitan de manera estructural buscar un enemigo que justifique la opresión y privaciones a la que someten a sus ciudadanos.

Para los neoconservadores, el deseo de libertad está firmemente asentado en la naturaleza del hombre, sin embargo, las enormes maquinarias represivas de algunos regímenes hacen inviable la aparición de movimientos populares que derriben estas autocracias. Muchos de los gobiernos enemigos de EE.UU., han construido auténticas “sociedades del miedo”, donde la aspiración unánime hacia la libertad no puede aflorar debido a las terribles consecuencias que esperan a los disidentes. América puede revertir esta situación, comprometiéndose con cualquier movimiento que trate de poner fin a la tiranía. Este apoyo no debe estar ceñido únicamente al ámbito de las palabras, sino que la nación estadounidense también debe recurrir a su extraordinario caudal de poder militar para iniciar este movimiento transformador.

Esta corriente está firmemente convencida de que la mayoría de estos regímenes se derrumbarán una vez que hayan perdido su imprescindible maquinaria de represión. La libertad es contagiosa, lo que lleva a los *neocon* a considerar que su país no tendrá que verse envuelto en la derrota de todas las tiranías del planeta. Una vez que se haya iniciado ese movimiento, millones de habitantes del planeta podrán percibir que la democracia y la libertad pueden triunfar y asentarse en países que nunca antes han experimentado esas realidades. Ese germen se extenderá a los países vecinos, afectando a las bases sobre las cuales se asienta el poder de muchas dictaduras, las cuales no podrán soportar durante mucho tiempo el agravio comparativo. En poco tiempo, la única alternativa será dejar paso a las demandas populares que tratan de emular la prosperidad y el éxito de los países que han abrazado la democracia.

⁹ Véase: Sharansky, Natan & Dermer, Ron. (2004): *The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny & Terror*, New York, Public Affairs.



Una vez enumeradas algunas de las principales tesis de esta corriente, se hace necesario que nos planteemos cuales han sido los mecanismos de influencia que explican la importancia que ha alcanzado este proyecto ideológico¹⁰.

En primer lugar, debemos tener claro que los *neoon* ni tienen un origen, ni han llevado a cabo su acción dentro de las estructuras partidistas de los Estados Unidos. De hecho no hablamos de políticos en sentido estricto, sino que se trata de un grupo de intelectuales y creadores de opinión, que carecen de una estructura organizativa formal. Si bien es cierto que un buen número de ellos, han adquirido responsabilidades de gobierno (Paul Wolfowitz, Richard Perle, Douglas Feith, Stephen Hadley, Lewis “Scooter” Libby, John R. Bolton, Peter Rodman, Zalmay Khalizad, Eliot A. Cohen, etc), no se trata de un conjunto de políticos que hayan accedido al poder a través de cargos electos. Ha sido precisamente su influencia intelectual sobre aquellos que sí habían accedido al poder tras ganar una contienda electoral, lo que les ha aupado a los puestos de decisión política. Por lo tanto, ni dependen de un electorado amplio, ni pretenden ejercer su influencia sobre grandes masas de población. Su campo de actuación se mueve en el terreno de las ideas: son escritores, articulistas, profesores universitarios, investigadores e incluso abogados. Esta vía de actuación, está inspirada en uno de sus filósofos de referencia: Leo Stauss, el cual consideraba que una de las mejores formas de evitar las tendencias autodestructivas de la democracia, es a través de una élite instruida capaz de guiar a las masas¹¹. Esa autopercepción de formar parte de una élite pensante que debe guiar el curso político de la nación, les lleva a escribir artículos de prensa, libros, conferencias y a crear “laboratorios de ideas”, con el objetivo de que sus propuestas gocen de acogida entre aquellos que deben tomar las decisiones.

Sin embargo, aquí reside su principal debilidad, ya que no estamos haciendo referencia a una corriente de pensamiento plenamente insertada en un partido político de tradición centenaria, sino que su vigencia está inevitablemente unida a que políticos concretos se identifiquen con sus postulados. De ese modo, es constatable como, durante el primer mandato del presidente George W Bush esta corriente alcanzó su mayor grado de influencia, mientras que el segundo fue el propio mandatario americano el que decidió tomar distancia como consecuencia de la lamentable evolución la postguerra iraquí.

2. Percepciones sobre el enemigo

La designación del régimen de Sadam Hussein como una de las mayores amenazas a la seguridad norteamericana, no es una aportación exclusiva del pensamiento neoconservador. La hostilidad popular hacia el régimen *baazista* bebe directamente de la campaña de concienciación popular que antecedió a la primera Guerra del Golfo (1990-1). Desde la administración americana y desde la práctica totalidad de los medios de comunicación nacionales, se difundió la imagen de un peligroso tirano, cuya permanencia en el poder constituía una amenaza existencial para el mundo civilizado. El relato de los horrores de la invasión de Kuwait, la descripción de los crueles y delirantes hábitos de conducta del dictador y su camarilla, junto al miedo a una posible conflagración nuclear, cosecharon entre la opinión pública norteamericana uno de los mayores niveles conocidos de respaldo popular hacia una guerra que debía “barrer” el régimen de Sadam. Eso explica por qué la sociedad

¹⁰ Para un mayor desarrollo de estos mecanismos, véase: Manglano, Percival: “Los Neoconservadores”, *GEES Colaboraciones*, nº 18 (10 de septiembre de 2003), en <http://www.gees.org/articulo/130>

¹¹ Véase: Micklethwait, John & Wooldridge, Adrian. (2006): *Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*, Barcelona, Debate.



americana (y buena parte de la clase política) no entendió fácilmente como su país no “completó el trabajo” derrocando al dictador¹². En la imaginaria popular siguió pesando durante años determinados mensajes que en los meses previos a la guerra habían equiparado al sátrapa iraquí con el propio Adolfo Hitler¹³. Esta hostilidad estaba demasiado arraigada como para que los ciudadanos olvidasen sus miedos y aceptasen sin más, unos fríos cálculos geoestratégicos que recomendaban la permanencia en el poder del tirano como contrapeso al régimen de los *ayatolas*.

La aportación neoconservadora a la “cuestión iraquí”, no sólo consistió en presentar una propuesta política que enlazaba perfectamente con los miedos populares, sino que terminó identificando el régimen de Sadam con el origen de todos los males de Oriente Medio. Su pesimismo característico, les llevó a considerar que la permanencia del tirano era incompatible con cualquier sentimiento de seguridad por parte de los Estados Unidos. En una fecha tan temprana como 1992, los prominentes neoconservadores Lewis Libby y Paul Wolfowitz elaboraron para el entonces Secretario de Defensa Dick Cheney, un informe donde recomendaban un ejercicio preventivo de fuerza militar. Seis años más tarde, un grupo de miembros del *think tank* neoconservador *Project for the New American Century* (PNAC)¹⁴ (entre los cuales se encontraban ocho futuros miembros del gobierno de George W. Bush) firmaban una carta abierta al presidente Clinton donde insistían que el cambio de régimen en Irak debía ser un objetivo prioritario de la política exterior estadounidense.

Los miembros de esta corriente no sólo consideraron a Irak como el origen de la inestabilidad en la región y la causa del fracaso de los acuerdos de paz entre palestinos e israelíes; sino que esta particular visión también les llevó a dar credibilidad a toda una serie de estrafalarias teorías, que responsabilizaban a Sadam Hussein de los ataques terroristas contra el *World Trade Center* en 1993 y otra serie de objetivos domésticos¹⁵.

La percepción sobre la dimensión de la amenaza iraquí estaba tan arraigada, que una vez producidos los ataques del 11-S, algunos miembros de la administración Bush asumieron de manera instantánea que el responsable de los atentados era su archienemigo iraquí. Según el periodista Bob Woodward, inmediatamente después de los ataques, el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz dijo a su gabinete: “Hay de un diez a un cincuenta por ciento de probabilidades de que Saddam esté envuelto”. Uno días más tarde, el propio presidente Bush comentaba a sus asesores: “Creo que Irak está implicada, pero no voy a atacarla por ahora”¹⁶.

A pesar de que ninguna evidencia vinculaba Irak con los atentados terroristas contra Estados Unidos, los neoconservadores interiorizaron que la ofensiva contra Al Qaeda y Sadam eran episodios de una misma guerra contra las causas de la inseguridad y la falta de

¹² Véase: Bennett, W. Lance & Paletz, David L. (ed.) (1994): *Taken by Storm. The Media, Public Opinion, and U.S Foreign Policy in the Gulf War*, Chicago, The University of Chicago Press.

¹³ Véase: Western, Jon “The War Over Iraq: Selling War to the American Public”, *Security Studies*, Vol. 14, nº 1, (January–March 2005), pp. 106–139.

¹⁴ Esta institución se define en su página web como “una organización educativa sin ánimo de lucro dedicada a unas pocas propuestas fundamentales: que el liderazgo americano es bueno tanto para América como para el mundo; y que este liderazgo requiere fortaleza militar, energía diplomática y compromiso con los principios morales.” Disponible en: <http://www.newamericancentury.org/>

¹⁵ Véase el libro de la principal defensora de esta idea conspiratoria: Mylroie, Laurie. (2000): *Study of Revenge: Saddam Hussein's Unfinished War Against America*, Washington D.C., The AEI Press. Y la crítica a estos argumentos en: Bergen, Peter: “Armchair Provocateur. Laurie Mylroie: The Neocons' favorite conspiracy theorist”, *The Washington Monthly*, (December 2003), en <http://www.washingtonmonthly.com/features/2003/0312.bergen.html>

¹⁶ Véase: Woodward, Bob. (2002): *Bush at War*, New York, Simon & Schuster.



libertad en el mundo. De ahí, que los preparativos para invasión de Irak diesen comienzo de manera inmediata. De hecho, una semana después de los atentados del 11S, el PNAC publicaba una carta abierta al presidente Bush en la cual recordaba el que consideraban un paso fundamental en la ofensiva internacional que Estados Unidos estaba a punto de desencadenar:

Estamos de acuerdo en que el objetivo clave, lo que no significa que sea el único objetivo, de la actual guerra al terrorismo debe ser, capturar o matar a Osama Bin Laden, y destruir su red de asociados. (...) Puede ser que el gobierno iraquí haya facilitado algún tipo de asistencia al reciente ataque en los Estados Unidos. Pero incluso si las evidencias no vinculan directamente a Irak con el ataque, cualquier estrategia que apunte a la erradicación del terrorismo y sus patrocinadores debe incluir un decidido esfuerzo para remover a Sadam del poder en Irak. Un fracaso a la hora de acometer este esfuerzo constituye una temprana y quizás decisiva rendición en la guerra al terrorismo internacional.¹⁷

3. Obsesión por los “peores escenarios”

Muchos de los cálculos en las cuales se basa la decisión de acometer una guerra, están basados en informes de inteligencia sobre las capacidades e intenciones previsibles del enemigo. Dichos “productos” distan mucho de ser descripciones exhaustivas, o recomendaciones unívocas sobre cómo actuar. Las limitaciones lógicas de todo servicio de inteligencia para acceder al conocimiento de realidades deliberadamente ocultas, hace inevitable que dichas informaciones consistan en ambiguas aproximaciones¹⁸, bajo la forma de una “horquilla” donde se contemplan varios posibles escenarios. De ese modo, le corresponde al responsable político adoptar una decisión basándose en qué escenario de los que se le presentan, considera más cercano a la realidad.

Los *neocon* han introducido, casi con un carácter estructural, la preferencia por el peor de los escenarios posibles. Consideran que cuando el tema a tratar es la amenaza proveniente de enemigos dispuestos a utilizar cualquier medio para derrotar a América, no hay margen para apostar por la opción más favorecedora, ya que las consecuencias de un error de cálculo pueden ser catastróficas. Según esto, la constatación del elevado grado de desarrollo que alcanzó el programa nuclear iraquí con anterioridad a la primera guerra del Golfo¹⁹ (muy por encima de lo que indicaba los tranquilizadores informes de la comunidad de inteligencia norteamericana), constituyen una prueba irrefutable de lo equivocado del esquema de pensamiento imperante en la clase política: un grupo humano que tiende de manera instintiva a dar prioridad a aquella alternativa que le resultaba menos molesta, y que no compromete sus expectativas electorales. Según el periodista Ron Suskind, el propio vicepresidente Dick Cheney habría formulado este nuevo paradigma reflexionando sobre la posibilidad de que la organización terrorista Al Qaeda pudiese dotarse de estas mortíferas armas: “Si hay un uno por ciento de probabilidades de que científicos pakistaníes estén ayudando a Al Qaeda a

¹⁷ Project for the New American Century: “Letter to President Bush on the War on Terrorism” (September 20, 2001), en: <http://www.newamericancentury.org/Bushletter.htm>

¹⁸ Véase: Berkowitz, Bruce D: “The Big Difference Between Intelligence and Evidence”, *The Washington Post*, February 2, 2003; Berkowitz, Bruce D. & Goodman, Allan E. (2000): *Best Truth. Intelligence in the Information Age*, New Haven, Yale University Press.

¹⁹ Véase: Pollack, Kenneth M. “Spies, Lies, and Weapons: What Went Wrong”, *The Atlantic Monthly*, (January/February 2004), en <http://www.theatlantic.com/doc/200401/pollack>.



desarrollar un arma nuclear, debemos tratar esta amenaza en términos de nuestra respuesta como si fuese una certeza”²⁰

Esta visión tuvo su plasmación en “La Estrategia de Seguridad Nacional” de 2002²¹. Este importantísimo documento consagró la llamada “teoría del ataque preventivo”, lo que supuso un punto de inflexión en la trayectoria de una política exterior marcada por décadas de contención y disuasión. La “Estrategia” está plagada de contundentes afirmaciones, como aquella que postula que los EE.UU. deben reservarse el derecho a tomar “acciones preventivas para defenderse, incluso en el caso de que se desconozca la hora y el lugar en que se cometerá el ataque enemigo”.

Bajo este esquema de pensamiento, las sospechas sobre la reanudación del programa nuclear iraquí se transformaron en verdades incontestables. De ese modo, una vez que “la cuenta atrás” había comenzado, cualquier demora en una respuesta militar constituía una peligrosa pérdida de oportunidades.

4. Desconfianza hacia el elemento burocrático

Bajo la visión neoconservadora, gran parte de las grandes organizaciones del gobierno estadounidense habían entrado desde hacía tiempo en una espiral de burocratización y adecuación a un peligroso *status quo*. Estos factores, no sólo habían esterilizado elementos claves del sistema de defensa norteamericano, sino que incluso las había llevado a trabajar en una dirección opuesta a los intereses estratégicos de la nación. Esa desconfianza ideológica hacia algunos de los grandes organismos gubernamentales, asentó notablemente la decisión de llevar a cabo la invasión de Irak, ya que algunas de las principales voces críticas procedían de aquellos organismos cuyas verdaderas motivaciones eran puestas en duda.

A pesar de que el Departamento de Defensa se convirtió en la punta de lanza de la estrategia neoconservadora, el Pentágono no se libró de los ímpetus transformadores de esta corriente. Según los *neocon*, un buen número de los altos oficiales del ejército, no sólo no eran suficientemente conscientes del fabuloso potencial de la maquinaria militar americana, sino que, con demasiada frecuencia, habían paralizado las directrices políticas del gobierno culpando de ello a una ficticia falta de recursos y personal. Rumsfeld y sus principales asesores estaban dispuestos a demostrar lo erróneo de esta mentalidad, y para ello abrazaron con fervor el polo más tecnológico de la RMA (la “Revolución en los Asuntos Militares”), para demostrar cómo era posible obtener más resultados con menos esfuerzo. El escaso número de tropas necesarias para lograr el éxito en la misión destinada a derrotar al régimen de los talibán, fue interpretado por estos políticos como la confirmación de sus tesis acerca de cómo era posible alcanzar la victoria rentabilizando adecuadamente la supremacía tecnológica de su país. El “modelo afgano” de hacer la guerra²², no sólo fue una inspiración para su diseño de la intervención en Irak, sino que reforzó su particular visión acerca de cómo deberían hacer frente a las reticencias de los militares a la hora de adaptarse a esta “nueva mentalidad”. Según el periodista del *Washington Post*, Thomas Ricks, el propio Rumsfeld

²⁰ Véase: Suskind, Ron (2006): *The One Percent Doctrine. Deep Inside America's Pursuit of its Enemies Since 9/11*, New York, Simon & Shuster, p. 62.

²¹ The White House: “The National Security Strategy of the United States of America” (September 2002), en: <http://www.whitehouse.gov/nsc/nss/2002/index.html>

²² Véase: Biddle, Stephen D.: “Allies, Airpower, and Modern Warfare. The Afghan Model in Afghanistan and Iraq”, *International Security*, vol. 30, nº 3 (Winter 2005/06), pp. 161–176.



comentó: “estos tipos militares no están tan autorizados en sus pronunciamientos como pretenden. Voy a ser un poco más escéptico en esto. Podemos hacer esta cosa mucho más pequeña de lo que ellos piensan”²³ Según esto, los decisores políticos debían relativizar las resistencias de la cúpula militar, ya que buena parte de sus objeciones se debían precisamente al conformismo y la “degradación burocrática” del *ethos* militar. La consecuencia lógica era no sólo una devaluación de la perspectiva militar en los planes para Irak, sino también una creciente intervención de la esfera política en todos los niveles de la acción bélica, incluyendo los tácticos y operativos²⁴.

La Central de Inteligencia Americana (CIA) fue uno de los organismos que más padecieron este menoscabo. Según los *neocon* del gobierno, esta organización padecía una auténtica falta de amplitud de miras a la hora de llevar a cabo el análisis de la información disponible. La interferencia gubernamental, llevó a algunos miembros de la agencia a denunciar que desde el gobierno se forzaba una interpretación politizada de los datos disponibles, prestando atención solamente a aquellos que respaldaban la tesis deseada. Según un miembro de la agencia: “simplemente miraban aquello que ellos buscaban, cuando encontraban algo que apoyaba su tesis, lo aceptaban como algo objetivo”²⁵

El descontento de los miembros del gobierno hacia los “productos” de la CIA, llevó a que al líder del Pentágono a crear su propia célula de inteligencia en octubre de 2001: *The Counter Terrorism Evaluation Group* (CTEG), organismo compuesto por una serie de destacados neoconservadores que se dedicaron a revisar la inteligencia disponible sobre el terrorismo e Irak²⁶. Se trataba de la misma documentación que había sido revisada por los analistas de la CIA, y que les había llevado a mirar con escepticismo la reanudación del programa nuclear iraquí, y a descartar cualquier tipo de vínculo entre Sadam y la organización terrorista Al Qaeda. Pero que sometidos a los “nuevos esquemas de interpretación”, permitió reforzar el argumento de la posibilidad de que un Irak nuclear, pudiese dotar de este armamento a la organización de Bin Laden, para que fuese esta, la que llevase a cabo la venganza del dictador contra los Estados Unidos.

Esta desconfianza hacia el elemento burocrático afectó igualmente, a uno de los departamentos clave de la acción exterior estadounidense. Los *neocon* llegaron a la conclusión de que el Departamento de Estado estaba intentando sabotear los planes de guerra. De hecho, era de sobra conocido que el responsable de este departamento, el “realista” Colin Powell, era un completo escéptico en torno a los previsibles efectos del derrocamiento del dictador iraquí. Este prestigioso general había desarrollado años atrás toda una doctrina²⁷ acerca de cual debían ser las condiciones bajo las cuales su país debería acometer una nueva empresa bélica. Los principales puntos de esta teoría diferían notablemente de la percepción neoconservadora sobre el uso del poder armado: a) que el objetivo fuese importante y claramente definido; b) que hubiese fallado previamente la negociación y diplomacia; c) que la fuerza militar pueda conseguir el objetivo político deseado; d) que los costos y los riesgos

²³ Véase la entrevista a Thomas Ricks en el documental de *Frontline*: “The Lost Year in Irak” (2006), en: <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/yearinirak/interviews/ricks.html>

²⁴ Véase: Desch, Michael C: “Bush and the Generals”, *Foreign Affairs*, vol. 86, nº 3 (May/June 2007).

²⁵ Véase: Fitzgerald, Michael & Lebow, Richard Ned. “Iraq: The Mother of all Intelligence Failures”, *Intelligence and National Security*, Vol. 21, nº 5, (October 2006), pp. 884 – 909.

²⁶ Véase: Benjamin, Daniel & Simon, Steven. (2005): *The Next Attack. The Failure of the War on Terror and a Strategy for Getting it Right*, New York, Times Book.

²⁷ Véase: García Cantalapiedra, David: “El uso de las Fuerzas Armadas en la política exterior de EEUU y el futuro de la doctrina Weinberger-Powell tras el fin de la post-Guerra Fría: ¿el fin del síndrome Vietnam?”, Conferencia Internacional “La seguridad europea en el siglo XXI” Universidad de Granada, (5-9 de noviembre de 2001).



sean aceptables en términos de las ganancias esperadas; e) que se hayan valorado adecuadamente las posibles consecuencias. En torno a este último punto, cobró especial popularidad un comentario hecho por el propio Powell ante otros miembros de la administración Bush, sobre las consecuencias del fracaso en Irak, se trata de “la regla del almacén de porcelana”: “Si lo rompes, te lo quedas”²⁸.

Los organismos regidos por los neoconservadores trabajaron arduamente para retener cualquier tipo de competencia relacionada con la gestión de la guerra, tratando de desplazar al Departamento de Estado de cualquier asunto relacionado con la misma. Según ellos, este organismo sólo estaba interesado en exportar una amplia burocracia sobre el nuevo Irak, con el objeto de llevar a cabo un prolongado y costoso proceso de reconstrucción nacional, algo a lo cual se oponían frontalmente los miembros de esta corriente. De ese modo, se perdió la posibilidad de utilizar, uno de los organismo más experimentados de la administración americana, en las labores de reconstrucción, cooperación internacional y gestión política. En su lugar el Departamento de Defensa creó a escasos dos meses de la invasión un pequeño equipo de 200 personas, que se encargarían de gestionar labores menores, como los previsibles flujos de refugiados²⁹. La oposición neoconservadora a la intervención del Departamento de Estado era tal, que el número tres del Pentágono, Douglas Feith, no dudó en vetar varias propuestas de contratación de personal para el equipo de reconstrucción, simplemente porque eran empleados del departamento de Colin Powell, y no eran partidarios del hombre que los *neocon* propugnaban como futuro presidente de Irak: el controvertido exiliado Ahmed Chalabi³⁰.

Sin embargo, la organización que más hostilidad generaba era la Organización de Naciones Unidas (ONU). Los miembros de esta corriente son unos decididos partidarios de la retirada de su país de un organismo que perciben como desprovisto de legitimidad, y cuya existencia supone un costoso lastre para la acción exterior estadounidense. Los principales enemigos de América estaban utilizando este foro para desprestigiar y tratar de paralizar su acción militar. De hecho, los *neocon* estaban convencidos que la reticencias de este organismo a legitimar el derrocamiento del dictador estaban motivadas por meros intereses materiales. Según esto, el sistema de sanciones vigentes sobre Irak, había servido para alimentar una amplia y corrupta burocracia internacional, que veía amenaza su fuente de recursos y posibles sobornos³¹. De ese modo, se relegó a un papel secundario a un organismo con una dilatada experiencia en misiones similares en Camboya, Bosnia, Kosovo, Timor, etc. Los *neocon* expresaron reiteradamente, y en ocasiones de manera abrupta, que el reestablecimiento de la normalidad en Irak se haría sola y exclusivamente según las directrices del país que había tenido que soportar el esfuerzo de la guerra.

²⁸ Traducción libre del aforismo norteamericano “Pottery Barn rule”. Véase: Woodward, Bob (2004). *Plan of Attack*, New York, Simon & Schuster, pp. 50.

²⁹ Pollack, Kenneth M. “The Seven Deadly Sins of Failure in Iraq: A Retrospective Analysis of the Reconstruction”, *Meria Journal*, vol. 10, no. 4 (December 2006).

³⁰ Véase: Woodward, Bob (2006): *Negar la evidencia*, Barcelona, Belacqua, p. 195.

³¹ Véase: Frum, David & Perle, Richard (2004): *An End to Evil. How to win the war on terror*, New York, Ballantine Books.



5. Una visión idealizada sobre la conducta humana

La ideología neoconservadora no alberga ningún tipo de duda sobre que el principal factor que alimenta la conducta humana es el deseo de libertad³². Según esto, las tropas norteamericanas serían recibidas como libertadoras por parte de una población deseosa de desprenderse del yugo de la tiranía *baazista*. De ese modo, sólo era previsible la resistencia por parte de aquellos sectores que se estaban beneficiando directamente con la dictadura, y que por definición constituían una minoría.

Esta particular visión sobre la naturaleza humana, junto a la confianza sin límites en la superioridad tecnológica de su ejército, fueron argumentos decisivos para calcular el tamaño de la fuerza necesaria para derrotar a las fuerzas armadas iraquíes. Las 150.000 tropas previstas por Donald Rumsfeld, nada tenían que ver con los números que los líderes militares del país habían previsto para una eventual invasión del país. Así por ejemplo, el general Anthony Zinni había previsto una fuerza compuesta por un mínimo de 380.000 soldados, gran parte de los cuales deberían ocupar el país durante al menos diez años. En los cálculos de los militares más tradicionales, no sólo se había incluido la necesidad de lograr la completa derrota del ejército de Sadam, sino también los requerimientos de un escenario post-bélico donde sería necesario asegurar el dominio efectivo sobre el territorio, imponiendo el orden y la seguridad. Para los funcionarios neoconservadores, la mera idea de que lograr la paz necesitaba un mayor esfuerzo que ganar la guerra, era una idea ridícula. En sus ideologizadas previsiones, una vez hubiese sido liquidada la maquinaria coercitiva de Sadam (y por tanto la posibilidad de represalias contra la población), ningún iraquí estaría dispuesto a luchar por su antiguo opresor. En los planes de Rumsfeld se preveía que la fuerza inicial podría quedar reducida a unos escasos treinta y cinco mil soldados a la altura de otoño de 2003³³.

Los artífices de la invasión no llegaron a considerar en ningún momento la necesidad de que las tropas americanas también deberían combatir, una vez derrocado el dictador. Eso les llevó a devaluar el tamaño de una fuerza, que según los estándares propios de otros escenarios de contrainsurgencia, debía alcanzar un volumen cercano a los 500.000 soldados³⁴. Pero ante todo, les impidió detectar el momento en el cual la insurgencia estaba cobrando fuerza y empezaba a postularse como un adversario creíble a la presencia americana³⁵.

Esta preconcepción sobre las fuentes de la conducta humana, explica igualmente como la administración Bush ha interpretado las cuestiones referentes a los terroristas que operan en este país. Con anterioridad a la invasión, los *neocon* pusieron énfasis en los supuestos vínculos entre esta tiranía y las redes terroristas que orbitan en torno a Al Qaeda³⁶. Según

³² En una pregunta sobre su opinión acerca del libro de Nathan Sharansky: "The Case for Democracy", George W. Bush respondía lo siguiente: "El libro de Sharansky confirma cómo me he criado y en qué creo, y es esencialmente esto: en lo más profundo del alma de todo el mundo, hay un profundo deseo de ser libre. Esto es lo que creo. No importa donde te hayas criado, no importa tu religión, la gente quiere ser libre". Véase: "President Bush Speaks with Young Professionals in Germany", February 23, 2005, en: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2005/02/20050223-5.html>

³³ Véase: Hendrickson, David C. & Tucker, Robert W. "Revisions in Need of Revising: What Went Wrong in the Iraq War", *Survival*, Vol. 47, nº 2, (Summer 2005), pp. 7-32.

³⁴ Byman, Daniel. "Five Bad Options for Iraq", *Survival*, vol. 47, nº. 1 (Spring 2005), pp. 7-32.

³⁵ Véase: Hoffman, Bruce. (2004): *Insurgency and Counterinsurgency in Iraq*, Santa Monica, RAND Corporation.

³⁶ Véase, por ejemplo, este artículo publicado en la más influyente revista neoconservadora, donde aborda la relación entre Sadam y Al Qaeda como un hecho perfectamente demostrado: Hayes, Stephen F: "Case Closed", *The Weekly Standard*, vol. 9, nº 11 (November 24, 2003), en: <http://www.weeklystandard.com/Content/Public/Articles/000/000/003/378fmxyz.asp>



esto, el terrorismo que apunta directamente hacia los Estados Unidos surge, o es propiciado, por tiranías que encuentra en el fomento del odio hacia los Estados Unidos un eficaz instrumento para evitar que el descontento popular pueda volverse en contra de estos despotismos. En este sentido, Sadam y su régimen estaban tratando de instrumentalizar el terrorismo existente, ofreciéndoles un refugio seguro para preparar nuevas acciones contra el enemigo común. Una vez derrocada la tiranía desaparecería la posibilidad de que los seguidores de Bin Laden pudiesen operar desde este territorio, y por tanto, se habría avanzado un nuevo paso en la lucha global contra el terror. Sin embargo, como es bien conocido, la idea de que Irak era un propiciador del terrorismo yihadista se ha convertido en una “profecía autocumplida”³⁷. La ocupación de este país, lejos de reducir la acción de estos grupos, se ha convertido en un poderoso reclamo global que ha fortalecido el discurso de estos grupos, otorgándoles una capacidad de actuación y reclutamiento, desconocida hasta el momento³⁸.

La interpretación que los *neocon* llevaron a cabo de este incremento de la violencia, es resultado de una nueva simplificación: una vez desaparecido el tirano, y, bajo un nuevo régimen surgido de unas elecciones, era impensable que el territorio iraquí generase nuevos extremistas, ya que habrían desaparecido las causas que originan el odio fanático hacia América. De ese modo, si el territorio iraquí estaba experimentado una vertiginosa escalada de acciones terroristas, era una consecuencia de la convergencia en ese territorio de todos los terroristas que otras tiranías generan en sus propias sociedades. En ese sentido, esa escalada de la violencia era el síntoma de una tendencia beneficiosa para los Estados Unidos, puesto que le permitiría combatir en las calles de Irak a los terroristas, en vez de hacerlo en las calles de su propio país³⁹. En este sentido, tal y como planteaba el Secretario de Defensa, el reto para Washington estaba en conseguir matar o capturar más terroristas más rápido, de lo que tardaban en crearse nuevos enemigos⁴⁰. Sin embargo, la realidad de estos últimos años ha sido bien distinta, los nuevos reclutas del terrorismo yihadista no son sólo el fruto de los factores endógenos de determinados países de mayoría musulmana, sino que la ocupación norteamericana de Irak se ha convertido en un motivo en sí mismo para que miles de nuevos potenciales terroristas de todos los lugares del plantea (incluyendo, por supuesto, a la propia

³⁷ Véase: Bergen, Peter & Cruickshank, Paul: “The Iraq Effect. The War in Iraq and its Impact on the War on Terrorism”, *Mother Jones*, (March 1, 2007), en: http://www.motherjones.com/news/featurex/2007/03/iraq_effect_1.html

³⁸ Véase: Jehl, Douglas: “Iraq May Be Prime Place for Training of Militants, C.I.A. Report Concluyes”, *The New York Times*, June 22, 2005; “Declassified Key Judgments of the National Intelligence Estimate. Trends in Global Terrorism: Implications for the United States” (April 2006), en: http://www.dni.gov/press_releases/Declassified_NIE_Key_Judgments.pdf

³⁹ Según palabras del presidente Bush pronunciadas en un discurso a militares a mediados de 2005: “Irak es el más reciente campo de batalla en esta guerra. Muchos terroristas que matan hombres, mujeres y niños inocentes en las calles de Bagdad son seguidores de la misma ideología asesina que cobró las vidas de nuestros ciudadanos en Nueva York, en Washington y Pensilvania. Hay sólo un curso de acción contra ellos: Derrotarlos en el extranjero antes de que nos ataquen dentro del país. (...) Nuestra misión en Irak es clara. Perseguimos a los terroristas. (...) Parte de la violencia que ven en Irak es efectuada por asesinos crueles que se convergen en Irak para oponerse al avance de paz y libertad. (...) Pelean porque saben que la supervivencia de su ideología odiosa está en juego. Saben que en la medida que la libertad se arraigue en Irak, inspirará a millones en todo el Oriente Medio a reclamar también su libertad. Y cuando en el Oriente Medio aumente la democracia y prosperidad y esperanza, los terroristas perderán a sus patrocinadores, perderán a sus reclutas y perderán la esperanza de convertir esa región en una base de ataques contra los Estados Unidos y nuestros aliados en todo el mundo”. Véase: The White House. Office of the Press Secretary : “Declaraciones del Presidente sobre la guerra contra el terrorismo”, Fort Bragg, Carolina del Norte, (28 de junio de 2005), en: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2005/06/20050628-7.es.html>

⁴⁰ Véase: Sanger, David E: “Study Doesn’t Share Bush’s Optimism on Terror Fight”, *The New York Times*, September 27, 2006.



sociedad iraquí) decidan abrazar el discurso de enfrentamiento civilizacional y religioso propugnado por Al Qaeda⁴¹.

6. Las limitaciones del paradigma estatal

Posiblemente, una de las mejores explicaciones para entender por qué los neoconservadores insistieron en explicar la invasión de Irak como una nueva etapa de la de la “guerra contra el terror” iniciada en Afganistán, venga dada por una de las teorías del historiador de la ciencia Thomas Kuhn⁴². Él observaba que cuando nuevos datos contradicen a teorías solidamente arraigadas, estos datos tienden a ser reinterpretados para que no se produzca esa disonancia. Los neoconservadores poseen una visión del mundo fuertemente determinada por un “paradigma estatal”: son los Estados-nación los actores verdaderamente relevantes en el escenario estatal. Los actores no estatales, como guerrillas, grupos terroristas, movimientos sociales, etc. son irrelevantes como amenazas, si estos no cuentan con el respaldo de una estructura institucional. De hecho, los *neocon* parten de que en la inmensa mayoría de los casos estos grupos son meros instrumentos de regímenes políticos deseosos de llevar a cabo una política exterior agresiva, pero que sin embargo, deben escudarse en estos grupos, porque son demasiado débiles, o no están dispuestos a soportar el coste de asumir su responsabilidad directa en la realización de estas acciones de terrorismo.

Este paradigma, si bien resultó de utilidad en el periodo de Guerra Fría, quedó claramente superado en plena era de la globalización. Cuando el presidente Bush y sus asesores se encontraron el 11 de septiembre, con un ataque inimaginable a manos de un grupo terrorista, capaz de representar una amenaza mucho más grave que la proveniente de algunos estados; determinaron que un país enemigo debía estar detrás de este grupo, no permitiendo que los datos golpearan su comprensión estratégica de la realidad. Este mismo rigorismo ideológico, impidió entender adecuadamente determinados desenlaces de la invasión iraquí. Como ya hemos señalado, les impidió contemplar la posibilidad de que las acciones armadas contra las tropas americanas pudiesen continuar, a pesar de la desintegración del régimen de Sadam. Pero más importante aún, les impidió entender la verdadera naturaleza de la creciente insurgencia contra sus tropas. Una vez que los responsables políticos tuvieron conciencia de que la violencia organizada no tenía un carácter episódico, y que ésta iba ganando con el paso del tiempo sofisticación, letalidad y alcance, recurrieron de nuevo al paradigma estatal y empezaron a culpar de manera más o menos explícita, a Siria e Irán, de ser los verdaderos artífices de la ola de violencia que estaba sacudiendo el país:

⁴¹ Entre la numerosa bibliografía que respalda esta tesis, destacamos la siguiente: Anonymous (Michael Scheuer) (2004): *Imperial Hubris. Why the West is losing the War on Terror*, Washington D.C., Brassey's Inc.; Reuven, Paz. “The Impact of the War in Iraq on Islamist Groups and the Culture of Global Jihad”, Conference on The Impact of Global Terrorism at The International Policy Institute for Counter-Terrorism (ICT), (11-14 September 2004), en: http://www.e-prism.org/images/Impact_of_the_war_in_Iraq_-_paper.pdf; Karmon, Ely: “Al-Qa'ida and the War on Terror After the War in Iraq”, *The Middle East Review of International Affairs*, vol. 10, nº 1 (March 2006); Hegghammer, Thomas: “Global Jihadism After the Iraq War”, *Middle East Journal*, vol. 60, nº 1 (Winter 2006); Nesser, Petter: “Jihadism in Western Europe After the Invasion of Iraq: Tracing Motivational Influences from the Iraq War on Jihadist Terrorism in Western Europe”, *Studies in Conflict & Terrorism*, vol. 29, nº4 (June 2006), pp. 323–342.

⁴² Véase: Kuhn, Thomas. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Pres.



Los sirios y los iraníes van a luchar ahora en Irak. Ellos no van a mandar sus ejércitos contra nosotros, sino más bien un enjambre de terroristas, desde Hezbollah a la Yihad Islámica, Hamas, Al Qaeda, Ansar al-Islam, y el resto de la mafia de la yihad.⁴³

7. Maximalismo moral

Esta corriente cree firmemente que una de las principales dolencias de la política exterior estadounidense durante los últimos años, ha sido la de carecer de una verdadera “claridad moral” que guíe su actuación. La acción exterior no ha sido siempre coherente con la retórica oficial, y con los principios morales en los cuales se fundamenta la democracia estadounidense. Con demasiada frecuencia, América ha llegado a acuerdos, ha tolerado, o incluso respaldado a determinados políticos y regímenes, cuya existencia es una auténtica negación de la idea de libertad y el respeto a los derechos humanos. Esa cínica búsqueda del interés nacional y del equilibrio geoestratégico, ha restado autoridad a su mensaje de defensa de la democracia, y ha impedido que millones de personas perciban a los Estados Unidos como un socio fiable en su lucha contra la opresión política.

Los *neocon* creen Irak es uno de los escenarios donde su país debe empezar a actuar de manera acorde a sus principios. Esta visión ideológica, explica una de las decisiones más catastróficas de toda la invasión: la “*desbaazización*” del nuevo estado iraquí. Dos de las primeras decisiones tomadas por Paul Bremer, cabeza de la *Coalition Provisional Authority* (CPA), fue apartar de sus puestos gubernamentales a los 50.000 miembros del partido *Baaz*⁴⁴, y disolver a los 400.000 componentes del maltrecho ejército iraquí. Independientemente de su grado de responsabilidad en los crímenes de Saddam, cientos de miles de soldados y antiguos empleados del régimen se vieron forzosamente removidos de sus antiguos empleos, e investigados como amenazas potenciales. La administración americana consideraba de estricta lógica que aquellos que habían formado parte de una cruel maquinaria que había reprimido la libertad de los iraquíes durante décadas, se viesan apartados de un nuevo aparato político, el cual debía estar fundamentando en unos principios morales diametralmente opuestos. Parte de la justificación de esta decisión se hizo apelando a un símil de la II Guerra Mundial: para la comunidad internacional hubiese resultado igualmente inaceptable, que una vez derrotado Hitler, se hubiese reconstruido Alemania, contando con la colaboración de los antiguos miembros del partido nazi.

Con esta decisión, no solo se apartó a los culpables de las crueldades infligidas durante la época de Sadam, si no que también se privó de su único medio de subsistencia a miles de iraquíes que se habían acercado al régimen con la única intención de obtener un trabajo y mejorar sus expectativas vitales⁴⁵. La disolución del aparato estatal, junto a la reticencia de las tropas americanas a implicarse en labores de seguridad pública, sentó las bases para que en pocas semanas disparase la criminalidad común y la anarquía en las calles de Irak. Sin embargo, más importante aún fue el hecho de que la depuración de régimen de Sadam permitió alimentar la insurgencia con miles de perjudicados, muchos de ellos ampliamente

⁴³ Véase este significativo artículo de uno de los miembros de un *think tank* neoconservador: Ledeen, Michael A: “Political Attack Can Remove Terror Masters in Syria and Iran”, *AEI Online*, (May 1, 2003), en: http://www.aei.org/publications/pubID.17069/pub_detail.asp

⁴⁴ Véase: Woodward, Bob: “Secret Reports Dispute White House Optimism”, *The Washington Post*, October 1, 2006.

⁴⁵ Véase: Collier, Robert: “Iraqi troops say U.S. owes them back pay”, *San Francisco Chronicle*, May 16, 2003.



curtidos en el manejo de las armas, debido a su antiguos empleos como miembros del ejercito, la policía y los servicios de inteligencia⁴⁶.

8. Aversión al *nation-building*

Uno de los principales puntos comunes del neoconservadurismo con respecto a la derecha liberal estadounidense, se haya en el recelo hacia el “gran gobierno”: el aparato estatal debe replegar sus tentáculos hacia aquellos ámbitos donde sólo él puede resultar eficiente. Esta aversión, tiene un claro reflejo en la forma en la que esta corriente pretende asegurar la hegemonía global de su país. Se persigue una esfera global de influencia, sin que por ello su país tenga que inmiscuirse en los asuntos de gestión política de los territorios “incorporados”. Los *neocon* piensan que su país (a diferencia de los europeos, que no tienen problemas ideológicos para crear nuevos ámbitos de actuación del estado) no debe verse inmiscuidos en la construcción de carreteras, escuelas, y plantas potabilizadoras⁴⁷. El objetivo de la política exterior estadounidense no debe ser la construcción de naciones allí donde estas no existan, o se encuentran diluidas en numerosas identidades tribales, étnicas o religiosas. Este es un proceso extremadamente largo en el tiempo, y muy incierto en cuanto a sus resultados, tal y como evidencia la experiencia histórica de las diferentes potencias colonizadoras⁴⁸. La mayor maquinaria militar de la historia debe tener otros objetivos (realizables en el corto plazo) como sacudir los obstáculos que impiden que millones de personas puedan prosperar y labrar su propio futuro en libertad, sin la necesidad de aparatos burocráticos extranjeros.

Esta visión fue una de las causantes, de que los planes militares iniciales, contemplasen una rápida retirada de tropas, y que sólo tras un desastroso agravamiento de la situación de seguridad, las autoridades norteamericanas estuviesen dispuestas a incrementar levemente el número de efectivos militares destacados en este país⁴⁹.

Esa misma aversión explica, igualmente, la celeridad con la cual las autoridades norteamericanas han tratado de llevar a cabo el traspaso a los iraquíes de la gestión del deficiente aparato institucional del país; medida, que a pesar de estar empujada por las demandas populares, y ser presentada como un intento por devolver la autonomía a la sociedad civil, esconde el rechazo a que su país se vea enmarañado en unas funciones que nunca deseó.

De hecho, resulta significativo el auge que, durante toda la ocupación de Irak, han adquirido los contratistas privados y cualquier otra empresa capaz de desempeñar funciones que hasta hace poco se consideraban privativas de la esfera estatal. Aunque desde la guerra de Vietnam es posible detectar un auge en la contratación externa de civiles para prestar servicios al ámbito militar (generalmente de apoyo logístico a la fuerza militar), ha sido en la ocupación de Irak donde estos servicios han adquirido una extensión desconocida, abarcando la realización de operaciones especiales, obtención de inteligencia, entrenamiento de reclutas

⁴⁶ Véase: Abedin, Mahan: “Anbar Province and Emerging Trends in the Iraqi Insurgency”, *Terrorism Monitor*, vol. III, nº 14 (July 15, 2005); Kohlmann, Evan: "State of the Sunni Insurgency in Iraq: 2006", (December 29, 2006), en: <http://www.globalterroralert.com/pdf/1206/iraqinsurgency1206.pdf>

⁴⁷ Véase: Ignatieff, Michael. (2003): *Empire Lite. Nation-Building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*, London, Vintage.

⁴⁸ Véase: Boot, Max. “The Case for American Empire. The most realistic response to terrorism is for America to embrace its imperial role”, *The Weekly Standard*, Volume 7 Number 5, October 15, 2001.

⁴⁹ Véase: George Friedman. “The 'Surge Strategy': Political Arguments and Military Realities”, (January 04, 2007), en: http://www.stratfor.com/products/premium/read_article.php?id=282557



y protección de personalidades⁵⁰. Este protagonismo sugiere, una vez más, una pulsión ideológica tendente a reducir y evitar la prolongación en el tiempo de la presencia material del estado americano fuera de sus fronteras.

La aversión ideológica al *nation-building* tiene, también, su traducción desde una vertiente financiera. Los neoconservadores parten de la existencia de una serie de prioridades a la hora de llevar a cabo la distribución de los recursos monetarios de su país. En el año 2000, habían firmado un documento de noventa páginas titulado "*Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century*"⁵¹, donde alertaban de los riesgos de lo que consideraban una insuficiente financiación de las fuerzas armadas del país. En un momento histórico caracterizado por la aparente desaparición de una gran amenaza para la seguridad del país, el presidente Clinton y la corriente política gobernante defendía la necesidad de disfrutar del "dividendo de la paz", desviando ese dinero a otras políticas domésticas. Sin embargo, los *neocon* estaban firmemente convencidos de que fortalecer el brazo militar del país continuaba siendo la principal prioridad ante un contexto internacional cada vez más inquietante⁵². En ese sentido, sus propuestas de un aumento del gasto en defensa, manteniendo un nivel mínimo de un 3,8% del PIB; la transformación de las fuerzas armadas hasta el punto de que pudiesen combatir varias campañas simultaneas, y el mantenimiento de la presencia militar en el Golfo Pérsico; casaban difícilmente con la idea de que el país debía realizar un esfuerzo financiero para colaborar en la reconstrucción y sostenimiento de los países más inestables del planeta.

La translación de ese esquema de prioridades hacia la campaña iraquí, supuso que el planeamiento inicial de la invasión iraquí descartarse una transferencia continuada de fondos hacia el nuevo régimen político del país. En consonancia con esta visión, el propio Subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, aseguró en el periodo previo a la invasión, que el coste de la ocupación prácticamente se financiaría con el dinero proveniente de la comercialización del petróleo iraquí. Sin embargo, el deterioro de la situación de seguridad, las continuas acciones de sabotaje, y las obsoletas infraestructuras de obtención y distribución, han convertido en una utopía esa predicción, hasta el punto de que se calcula que durante 2004 y 2005 los contribuyentes americanos han dedicado cinco mil millones de dólares mensuales a financiar la ocupación⁵³.

Conclusiones

La invasión militar de Irak de 2003 ha sido, posiblemente, una de las guerras norteamericanas más "ideologizadas". Esta característica, no debemos buscarla en la interpretación de la guerra de Irak como una conflagración entre dos modelos políticos contrapuestos, sino en la amplia aceptación entre la clase gobernante norteamericana de un determinado modelo interpretativo de la realidad. Un buen número de miembros de la primera y segunda administración Bush, han encontrado en este esquema una reconfortante fuente de respuestas

⁵⁰ Véase: Avant, Deborah D: "The Privatization of Security: Lessons from Iraq", *Orbis*, (Spring 2006), pp. 327-342.

⁵¹ Disponible en: <http://www.newamericancentury.org/RebuildingAmericasDefenses.pdf>

⁵² Véase: García Cantalapiedra, David: "Peace Through Primacy: La Administración Bush, la Política Exterior de EEUU y las Bases de una Primacía Imperial. Geopolítica, Recursos Energéticos y Guerra al Terrorismo", *UNISCI Discussion Papers*, nº 4, (enero de 2004), en: <http://www.ucm.es/info/unisci>

⁵³ Véase: Ricks, Thomas E (2006): *Fiasco. The American Military Adventure in Iraq*, New York, The Penguin Press.



simples e inmediatas a problemas complejos y desconcertantes. La visión neoconservadora del mundo ha informado en cada momento las diferentes fases de este conflicto, la percepción de quién es el enemigo, cuál es su peligrosidad, qué conducta debe esperarse de las sociedades implicadas, y cuál debe ser la respuesta en cada momento del gobierno estadounidense.

La primacía que en los últimos años ha desempeñado esta corriente sobre otras tradiciones en la política exterior estadounidense, nos permite hablar de una verdadera ruptura en el tradicional consenso bipartidista sobre la forma en que América debe perseguir el logro de su interés nacional.

En su momento de mayor esplendor, la “persuasión” neoconservadora fue capaz de seducir con sus postulados a personas aparentemente tan dispares como el vicepresidente Cheney, el Secretario de Defensa Rumsfeld, o la Asesora de Seguridad Nacional Condoleezza Rice. Los dos primeros, conservadores nacionalistas, opuestos en los años noventa a que Estados Unidos derrocara a Sadam⁵⁴; la segunda una realista clásica, muy crítica en sus inicios en el gobierno, a que “la 82 *Aerotransportada* se dedique a escoltar niños a la guardería”.⁵⁵

La continuidad de esta visión está indisolublemente unida, no sólo al influjo intelectual de sus postulados, sino también a la eficacia que la clase política percibe en sus propuestas. Los neoconservadores no han cesado de enfatizar que la intervención en Irak, a pesar de los evidentes contratiempos, ha generado una beneficiosa corriente liberalizadora en la región, cuyos efectos sólo serán perceptibles en el largo plazo. Según esto, la acción estadounidense a “descongelado” la evolución política de la zona, lanzando el mensaje de que ha finalizado “el viaje pacto con las tiranías”⁵⁶. En ese sentido, los *neocon* han argumentado que los objetivos eran correctos, pero la ejecución ha fallado, residiendo la responsabilidad únicamente en el estamento militar⁵⁷.

Sin embargo, la defensa de lo acertado de la empresa iraquí, ha quedado marginada a los establecimientos que se declaran explícitamente neoconservadores. La corriente mayoritaria ha apuntado directamente a este movimiento como el artífice intelectual de una empresa catastrófica que ha puesto en juego la credibilidad y el prestigio de los Estados Unidos; permitiendo que amenazas como Irán y Corea del Norte, puedan aprovechar a su favor el estancamiento sufrido en Irak.

No es casualidad, que en los últimos tiempos empiecen a abundar los análisis que señalan el fin del predominio neoconservador en la acción exterior estadounidense⁵⁸. El inicio de esta debacle habría tenido como síntomas más visibles, no sólo en el nuevo tono de la retórica

54 En una entrevista a Dick Cheney en 1991 para la cadena de televisión *ABC*, este respondía lo siguiente acerca de su opinión sobre la conclusión de la operación *Desert Storm*: “Pienso que para nosotros, el que los personal militar americano se vea envuelto en una guerra civil en el interior de Irak sería literalmente un lodazal. (...) Una vez que llegásemos a Bagdad, ¿qué deberíamos hacer? ¿a quién debemos poner en el poder? ¿Qué clase de gobierno? ¿Debe ser un gobierno sunní, un gobierno chiíta, o un gobierno kurdo? ¿Debe ser secular en la línea del partido *Baaz*, o debe ser fundamentalista islámico? Pienso que los Estados Unidos no quieren que sus fuerzas armadas tengan que aceptar bajas y aceptar la responsabilidad de tratar de gobernar Irak. Pienso que eso no tiene sentido”. Disponible en: Mickey Z. “Don't Let Dick Cheney Read Your Palm”, 6 December, 2006, en: <http://www.countercurrents.org/us-mickeyz061206.htm>

55 Chapman, Steve. “The return of divided government”, *Chicago Tribune*, November 9, 2006.

56 Véase: Podhoretz, Norman. “Is the Bush Doctrine Dead?”, *Commentary*, September 2006.

57 Véase: Kurth, James. “The Neoconservatives Are History”, *Orbis*, Fall 2006, pp. 756- 769.

58 Véase, por ejemplo: Gordon, Philip H. “The End of the Bush Revolution”, *Foreign Affairs*. Volume 85 No. 4, (July/August 2006) (pp. 75-86); Allen, Mike & Ratnesar, Romesh. “The End of Cowboy Diplomacy”, *Time*, Jul. 9, 2006.



política del segundo mandato de Bush: “Ahora es tiempo para la diplomacia”⁵⁹. Sino ante todo, la marcha del Secretario de Defensa Donald Rumsfeld y de su subsecretario Paul Wolfowitz (en enero de 2005 y noviembre de 2006 respectivamente), como “pago político” por la deficiente marcha de la ocupación de Irak. A pesar de la significación de ambas personas, esta remodelación no demostraría inicialmente un cambio radical, debido a que estos movimientos se han visto compensados con nuevas incorporaciones *neocon*, como las del profesor Eliot Cohen, el cual ha sido llamado a desempeñar el emblemático puesto de asesor principal del Departamento de Estado norteamericano, o las del miembro del *think thank American Enterprise Institute* John R. Bolton como embajador americano ante la ONU (hasta su “renuncia” en Diciembre de 2006).

No obstante, los indicios más evidentes de este progresivo deterioro de la influencia neoconservadora nos vienen dados por dos factores. Por un lado, la considerable brecha abierta dentro de las propias filas del partido republicano, donde son cada vez más las voces que denuncian los postulados neoconservadores al tiempo que propugnan una vuelta al realismo más tradicional⁶⁰. Así, por ejemplo, los llamados “paleoconservadores” no han dudado en denunciar la supuesta búsqueda de un gobierno mundial por parte de los *neocon*. Según estos, gente como William Kristol y sus seguidores, no dejan de ser unos “trostkistas” renegados⁶¹, deseosos de que Estados Unidos se vea envuelto en una revolución permanente que le permita expandir su poder hasta el último rincón del planeta.

Por otro lado, en los últimos tiempos ha tenido lugar la “deserción” de importantes figuras dentro de las filas del neoconservadurismo. Sin duda, la más significativa ha sido la del profesor de la Universidad *Johns Hopkins* Francis Fukuyama, el cual, si en el pasado había sido uno de los signatarios de los principales documentos de este movimiento ideológico, inició un progresivo alejamiento de los postulados neoconservadores⁶², hasta formalizar su ruptura en un sonado artículo en *The New York Times*, titulado: “*After Neoconservatism*”⁶³. En esta pieza argumenta como el indiscutible “fallo” en Irak, vuelve a otorgar el valor y la relevancia que siempre ha tenido el “realismo al más clásico estilo Kissinger”, como principio inspirador de la política exterior estadounidense. Según Fukuyama, los errores de sus antiguos correligionarios, se hayan no sólo en tratar de extender a toda costa la celebración de elecciones en el mundo musulmán como objetivo en sí mismo, lo cual puede tener a corto plazo efectos contraproducentes como el ascenso al poder de los islamistas más radicales, sino que ante todo, el haber “sobremilitarizado” los medios necesarios para conseguir el cambio de régimen en los países hostiles a los Estados Unidos. Según esto, los neoconservadores han subestimado los factores que propician el cambio político, y han fallado estrepitosamente a la hora de prever como el mundo reaccionaría ante un ejercicio de fuerza unilateral por parte de los Estados Unidos.

⁵⁹ Palabras de Condolezza Rice ante el Senado americano durante la sesión de confirmación como nueva Secretaria de Estado (18 de enero de 2005). Véase: <http://usinfo.state.gov/mena/Archive/2005/Jan/18-183574.html>

⁶⁰ Véase: Kern, Soeren: “¿Dónde están los neocons?”, Análisis del Real Instituto Elcano (ARI) (22/6/2006), en: <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/997.asp>

⁶¹ Véase: Heilbrunn, Jacob. “The Neoconservative Journey” en: Berkowitz, Peter (2004): *Varieties of Conservatism in America*, Standford (CA): Hoover Institution Press. (pp. 105-128)

⁶² Véase: Boynton, Robert S: “The Neocon Who Isn’t”, *The American Prospect*, (web exclusive), (3.27.06), en: <http://www.prospect.org:80/web/printfriendly-view.ww?id=11352>

⁶³ Fukuyama, Francis: “After Neoconservatism”, *The New York Times*, February 19, 2006. Las principales tesis de este artículo aparecerían posteriormente desarrolladas en el siguiente libro: Fukuyama, Francis (2006): *America at the Crossroads: Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*, New Haven: Yale University Press.



En definitiva, la influencia futura de los postulados neoconservadores está indisolublemente unida al desenlace de la ocupación norteamericana de Irak. Unos resultados en completa contradicción con las promesas de esta corriente, lastrarían irremediablemente su capacidad para influenciar los futuros gobiernos de este país, independientemente del color político de los mismos. De hecho, aunque no es previsible que la Administración Bush se desvincule completamente de los postulados *neocon* (por convicción, y por la escasa duración del mandato restante). Si que se puede intuir un deterioro de su influencia en el medio plazo. No sólo por la posibilidad de un nuevo presidente del Partido Demócrata en 2008, sino ante todo, por el rechazo hacia esta influencia por parte de los posibles candidatos republicanos, los cuales han interiorizado como una agenda de política exterior neoconservadora, aniquilaría sus posibilidades ante el electorado norteamericano. Resulta bastante improbable que en el medio plazo se repita la imagen protagonizada por el presidente Bush quince días antes del inicio de la invasión de Irak, durante una cena organizada por el *American Enterprise Institute*, donde agradecía abiertamente a este organismo el trabajo realizado en el terreno de las ideas, y bromeaba con el hecho de haber “tomado prestadas” para su gobierno una veintena de miembros de este *think-tank* neoconservador⁶⁴.

⁶⁴ Véase: Marco, José Maria (2007): *La nueva revolución americana*, Madrid, Ciudadela, p. 186.